

# LA FE

*Pero no olvides que la poderosa madre ríe espiándote...*

***Ximena Rivera***

SIEMPRE HABÍA SIDO UN LUGAR AMABLE. Conocía perfectamente ese claro, el bosque y el barranco desde hacía tiempo, mucho antes de que se establecieran acá Raúl y su gente. También conocía a Raúl. *No se recordará, por supuesto. Ni él ni ninguno de los que estén ahí.* Había llegado sola, a través del bosque y con seguridad, aunque no había más indicación de la vía que tres o cuatro flores que no correspondían a su árbol y la levísima huella entre el pasto y los arbustos.

La explanada no tenía gran variación: la cabaña antigua, rústica pero bien mantenida, el limonero y la higuera seguían ahí. En torno a la cabaña habían hecho un jardincito de flores, y al frente una huerta en la que trabajaba una pareja muy joven. La “tribu” de Raúl había armado tres cabañas más, mucho más ligeras, y había además dos carpas grandes armadas, todo geoméricamente dispuesto. Más allá, el arrecife, plantado varios metros sobre el mar. No habían hecho barrera ni cerca alguna: el sol se preparaba para hundirse en su horizonte abierto. Uno de los veinteañeros de la huerta salió a recibirla, justo donde terminaba la leve garganta sin árboles que descendía desde la colina.

—Vengo de parte de Amanda —dijo ella, ante la mirada interrogante del muchacho.

—¿Y ella no vino?

—No viene hoy... No es tan difícil el camino: conozco el lugar.

—No recuerdo haberte visto —dijo él con un tono de sospecha que no se atrevía a ser agresivo.

—Es que conozco el lugar, de antes... Mira, ahí viene Raúl —pronunció ella con confianza.

Raúl se acercaba a paso seguro, con la honda mirada calma que, junto a la delgadez armoniosa, le había destinado a atraer gente en torno suyo. La saludable solidez de los músculos era notoria incluso bajo la manta andina de colores cálidos. Si no hubiera formado esta comunidad, se habría dedicado a músico, actor o, tal vez, ejecutivo de ventas, con un seguro y rápido éxito, y si bien algo de todo eso había intentado por un corto tiempo, lo suyo no tenía mucha relación con este mundo. Tener intuiciones le era fácil desde niño, y no fue difícil que ellas se materializaran en visiones y certezas sobre lo que otros no alcanzan ni a imaginar. Buena voz y buenas manos para el reiki, capacidad dialéctica y saber arreglarse con poco sin medirse en los objetivos (la mezcla de realismo e idealismo precisa que para alguien de origen excesivamente rico o excesivamente pobre hubiese sido imposible), cada uno de sus dones le había llevado aquí, y poco le importaba el mal nombre de los gurúes y las sectas. Ella sabía que, más allá de una mirada intensa o momentos de mal humor, ni siquiera había tenido que ocupar algún recurso de autoritarismo grosero: Raúl había nacido para esto, para llegar a este claro, con su cabaña, sus árboles y su barranco.

—Hola —dijo Raúl. Extendió la mano derecha adelante y el brazo izquierdo para el abrazo, que cerró de inmediato en torno a ella.

—Hola. Supe de esto por Amanda —mintió, y siguió mintiendo—: Me llamo Mónica.

—Y bien, Mónica —dijo él, encaminándola en un medio abrazo hacia la cabaña antigua—... ¿Vienes a quedarte?

—No lo sé aun. Necesito...

—Hablar, claro...

Mónica notó el calor en el abrazo. Una pareja salía desde la otra cabaña, dejando en torno a ellos una sonrisa clara y saludable cuando entraban al cálido ambiente de madera cubierto de un suave aroma de incienso.

—Es difícil llegar acá.

Raúl se sentó en cuclillas sobre un diván, mientras le señalaba una silla de mimbre al frente.

—Conocía el lugar, de hace tiempo. Es una buena y enorme coincidencia. Cuando Amanda me dijo, pensé que era algo del destino —le vio preparar un té—. No me siento tan cómoda como pensaba...

—Bien. Ya lo estarás —dijo él, y dejó de lado el té para alcanzar un recipiente de madera bellamente adornado con motivos andinos.

—Había un dueño acá, antes. Construyó todo esto, plantó los frutales...

—¿Y venías acá...?

—Cuando era niña. La propiedad era de mi padre. Después cambiaron las leyes y ya no fue de él.

—Claro. Pasó a ser de nadie.

—Por eso —mintió ella—. Me alegra, en todo caso, que ya no sea de nadie. Y tuve curiosidad... más bien deseo de venir... —concluyó, bajando la vista y mojándose los labios como casualmente.

—A ver, ¿qué crees que es esto, acá, dónde estamos? —fijó en ella los imponentes ojos verdes, mientras batía suavemente la taza transparente, que se iba tiñendo de un color parecido al café.

—Una comunidad... Gente que busca algo...

—¿Algo como qué? —interrumpió él, aplicando un nuevo rigor en la voz—. Porque uno bien podría querer solamente escapar de su vida. Y esa gente no nos interesa.

—Yo no querría escapar a ninguna parte. Primero, fue la curiosidad, por el lugar... Pero también me interesa buscar la verdad, no sé si me entiendes... —entonces, eligiendo cada palabra, continuó—: Claro que sé que me entiendes, pero no sé cómo pueda hacer que me creas.

—No tengo por qué creerte —Raúl parecía absolutamente confiado en su control de la situación—. Sólo que nosotros también buscamos, pero de manera distinta a lo que acostumbran los muchachos adolescentes que hacen yoga y escuchan música hindú. Para ellos es escapar de la vida; para nosotros es adentrarnos más en ella: la vida real. Por eso se trabaja la huerta, se mantiene el lugar, se trabaja para los otros.

—Bueno, yo estaría dispuesta —tomó el primer sorbo, amargo, de la taza que le ofreció Raúl—. Me he concentrado mucho en mí misma, creo... Deseo dejar mi ego atrás. Entregarme, entera...

—Si lo quieres...

—Sí —interrumpió Mónica, aparentando ansiedad. Bebía a sorbos rápidos, adelantando levemente el cuello para penetrarlo con los ojos. El ocaso pareció dar su último golpe de luz sobre su piel: los hombros, la garganta, cada relieve del hueso bajo la carne—. Si es necesario dejar toda la vida de antes atrás, trabajar de sol a sol, poner mi cuerpo a disposición de todos y todas los que haya aquí, cualquier cosa. Necesito *saber*...

—No tomes eso tan rápido —dijo Raúl, visiblemente sorprendido, intentando recuperar el control—. No es que *sepamos*, es que *buscamos*.

—Tú sabes. Yo sé que tú sabes. Hasta parece que te faltara la fe en ti mismo —su voz se fue haciendo un susurro cada vez más sugerente—. Es como cuando pequeña: mi padre me mostró cómo perder el miedo, y querría ahora mismo hacer lo que él hacía. Él saltaba el barranco.

—¿No se..? —una leve sombra de espanto apareció en su voz.

—No. Justo abajo es un lugar de aguas profundas, no es rocoso: el barranco se hunde a pique. Sabiendo lanzarse con confianza, como si fuera una piscina... ¿sabes hacer un clavado?

—Sí, sé —sus ojos parecían ya tan aletargados como su voz.

—Eso es lo único que hace falta. Y saber nadar. Como todo en la vida, basta confiar, completamente... —susurró—. Y esa confianza, saber abandonar el cuerpo y la mente, hace que confíen en ti.. Hacer esto no es nada. Si es que cayeras un poco mal, a lo más tendrías un dolor en el brazo o el costado por una o dos semanas: es sólo agua.

—Vamos —dijo de repente Raúl, como si hubiese notado demasiado tiempo su ánimo postrado.

Cuando salían, Mónica notó que, tras la puerta que había quedado entreabierta, en la extensión fuera de la cabaña, los miembros del grupo, si bien no reunidos y en grupos aparte, se mantenían expectantes ante la llegada de alguien nuevo. *En tan poco tiempo ya están como borregos: ni siquiera reciben órdenes, solo actúan como se espera de ellos. Y él espera que todo siga así, sin tener que pagar por ello. Haría cualquier cosa por mantener esta farsa.* Raúl hizo un gesto rápido a uno de los hombres que estaban más cerca, quien con señas y palabras breves movió a las otras ocho personas que parecían esperar la asamblea.

— Ya la ven: Mónica vino a vernos. Puede que se quede y sea nuestra nueva compañera. Eso nos provoca felicidad, por supuesto, porque hay momentos en que solo podemos confiar, esperar y aceptar; pero también sabemos que la búsqueda es trabajosa, y Mónica también debe saberlo.

Miró sus caras: apenas entendían nada. *Solo creen entender, y con eso les basta. Es tan fácil mentirles. Y quedar sin castigo...*

— Me dice que conoce este lugar desde antes, así que por algo es que viene, algo que entenderemos con el tiempo. Algo, entonces, se confirma de nuestra misión. Ha venido, además, con un desafío que cumpliré, y quien quiera seguirme es bienvenido, siempre y cuando sea exactamente el mismo camino. Solo síganme, hagan exactamente lo que yo haré. Es la confianza en nuestro camino la que hablará por nuestros actos. Es una consagración, aunque bien sabemos que todos los días son una consagración.

Se encaminó hacia el barranco, cuidando que ella estuviera a la distancia conveniente para señalarle la instrucción precisa. Al fondo, bajo las nubes más negras que se puedan imaginar, el sol daba su último deslumbre, como un borde de cobre ardiente. Los otros les siguieron y quedaron varios pasos más atrás, temerosos al sospechar ya de qué se trataba la prueba de fe. Raúl se quitó la túnica, quedó desnudo.

— Este es el lugar preciso — le dijo Mónica a su lado, en voz muy baja y sin que ni pareciese mover los labios — . El clavado debe ser absolutamente vertical, es imposible desviarse tanto como para caer entre las piedras. Ahora...

Se extrañó de que el pasmo natural ante la enorme altura hubiese durado un instante tan breve: Raúl se lanzó en un clavado perfecto. No demoró ella entonces: era posible que a alguno de los muchachos se le ocurriera

seguirlo de inmediato. De un salto tomó la horizontal que hizo que el respiro del aire la recorriese de costado. Mientras tomaba la dirección de la gran bola roja y ardiente, pudo ver cómo, bajo la sombra del agua, se destrozaban los huesos del cráneo sobre las rocas y la fuerza del impacto quebraba el tórax en tres. Sin dar vuelta la cabeza, percibió a los otros, atónitos, sin atreverse a enunciar palabra alguna. El cuerpo destrozado de Raúl brillaba con el último rayo de sol, cuando a ella ya la cubrían enteramente las nubes oscuras.